



**D**e un tiempo a esta parte ha dejado de estar de moda hablar de crisis como algo bueno. Cuando se oye la palabra crisis de inmediato acude a la cabeza, o a la pluma de los analistas, la idea de cómo terminar con ella, sin detenerse, la mayor parte de las veces, a pensar en cómo resolverla. Quizás este horror a las crisis nos venga de la excesiva influencia de aquellas sociedades estables, en las que todo parece marchar bien. No es el caso de la nuestra, no debemos, por lo tanto, contagiarnos en demasía de ese espíritu de estabilidad.

Hoy tenemos abierta una crisis que promete, porque muestra al país los entrapamientos del régimen, que lo hacen inviable no solo como democracia sino como régimen capaz de garantizar la gobernabilidad, cualquiera que sea su signo, en este país. Y decimos que promete porque su desenlace podría ser el inicio de la transición hacia una verdadera democracia.

#### Crisis que se juntan

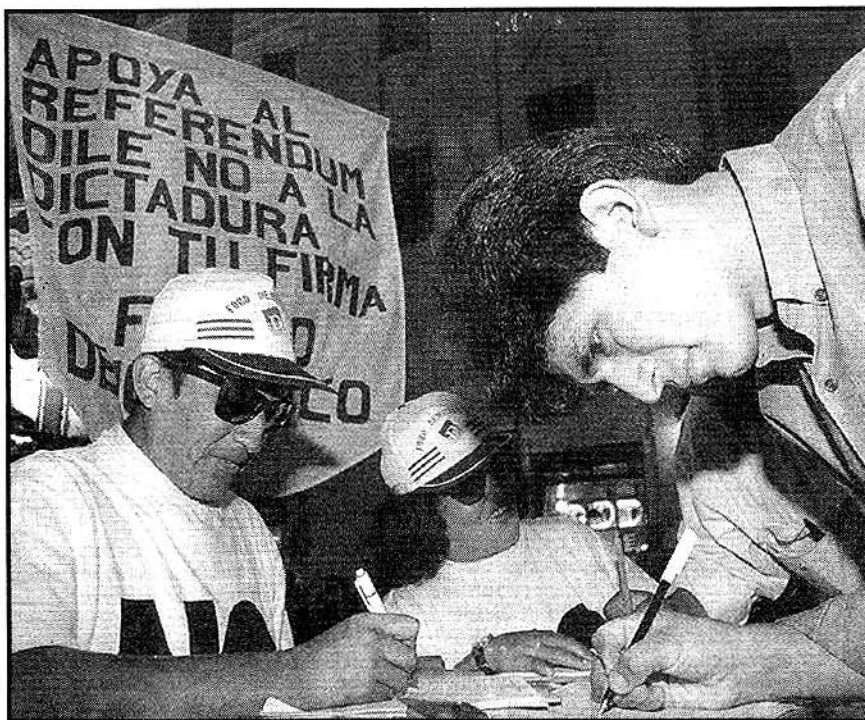
La crisis parlamentaria de la semana antepasada amenazaba convertirse en crisis de gobierno a principios de la semana pasada, con los rumores de cambios en el gabinete, y en crisis de régimen en el último fin de semana, con la abierta disputa entre el Presidente de la República y el Comandante General del Ejército. Sin embargo, todas estas crisis parecen compartir una característica fundamental, son crisis en las alturas, aunque no en todas las alturas, se trata de movimientos que afectan, principalmente, a las alturas oficialistas.

El tema sigue siendo el mismo, la permanencia de los actores que ya han cumplido su ciclo. Empieza con el asunto de la reelección de Fujimori y termina con el atornillamiento de Hernoza al comando del Ejército. En otras palabras es una pelea con el pasado, los tiempos cambian, estos señores no entienden y el país paga la factura.

La crisis se desencadena rápidamente como una crisis de régimen porque pone en cuestión desde su primer momento, parlamentario, el núcleo básico de la alianza en el poder, la permanencia de los hombres del cinco de abril y, en particular, de su personaje central: Alberto Fujimori.

#### Régimen de personas

El régimen del cinco de abril, como régimen autoritario, se planteó desde un primer momento como



# CRISIS que promete

un régimen de personas, no de instituciones. Fue más el golpe de Fujimori contra el Congreso y los gobiernos regionales que el golpe del Ejecutivo contra el Legislativo, fue el apoyo de la cúpula militar expresada en la persona de Hernoza, más que el apoyo de la institución militar como tal. Es más, Fujimori ya se había preocupado en dar las leyes que personalizaran el mando militar y le disminuyeran su carácter institucional.

Además, en todos estos años la alianza en el poder se ha preocupado por legitimar personas más que instituciones. Ni siquiera les interesan sus propias instituciones como se lo demuestran al país un día sí y el otro también. Se promueve la identidad de la población con Fujimori, se repite que es su persona y no las instituciones encargadas las que solucionan los problemas. Fujimori tiene que tirar lampa para que

no se desborde el río Tumbes. Defensa Civil qué importa.

El ejército, curiosamente el arma que se preciaba tanto de haber desarrollado su institucionalidad en las últimas décadas, identifica todas sus virtudes con su Comandante General. Súbitamente él es el victorioso, el estratega y el intelectual de la institución. Toda referencia a él es una referencia a la institución, y poco menos que todos respiran y sienten a través del General Hernoza.

#### Los militares en el ojo de la tormenta

El problema de fondo sigue siendo la cuestión militar. Es decir, las prerrogativas —principalmente políticas— que los militares obtuvieron para el combate a la subversión en la última década, que fueron elevadas a la catego-

ría de piedra angular del Estado por Fujimori y que hoy se expresan en la persona del General Hernoza. Estas prerrogativas, sobre las que se ha discutido mucho y que, en algunos casos, pudieron parecer adecuadas en los momentos de ofensiva terrorista, no se justifican más en el país.

Me refiero, por ejemplo, al control político-militar del territorio, con el expediente de los Estados de Emergencia, a los roles policiales en la lucha contra el narcotráfico, o a las denuncias sobre el espionaje a la oposición política que sería hecho por organismos de inteligencia militar, hasta la abierta intervención en actividades económicas como la masiva construcción de carreteras y la posibilidad de incursionar en la aviación comercial.

De las dificultades para justificar estas prerrogativas parecería darse cuenta el propio Fujimori, por

eso su interés por remover a Hernoza. Los militares podrían, eventualmente, consentir en la remoción de Hernoza pero seguramente insistirían en mantener sus prerrogativas y Fujimori debería aceptar no solo para conservar su apoyo sino también por propio interés. Así el Presidente se lava la cara y mantiene sus pretensiones reeleccionistas. Sin embargo, por lo ocurrido en los últimos días parecería que la identificación entre Hernoza y las prerrogativas obtenidas es tal que ni de él podrían prescindir, de allí la gravedad del problema.

La reelección es entonces una cuestión subordinada a la mantención de las prerrogativas señaladas. Hay reelección sólo si Fujimori se muestra como la mejor carta para mantener las prerrogativas de los militares.

#### La resolución de la crisis

Resolver esta crisis es, por ello, resolver la relación entre la reelección y las prerrogativas de los militares. No es una cuestión exclusiva entre Fujimori y Hernoza ni se soluciona solo con algunos cambios de mando. Por eso la importancia de juntar al movimiento opositor alrededor de la lucha contra la reelección, porque derrotar las pretensiones de reelección supone también redefinir la relación entre el poder político y los militares en el Perú. Sólo una redefinición de este tipo podrá abrir cauce para la democracia en el país.

Un buen punto de partida para que la oposición convierta esta crisis en puntos a su favor es que sea factor decisivo para que la crisis deje de ser una crisis en las alturas. La iniciativa de hacer campaña en las calles, de los parlamentarios de la minoría para recolectar firmas por el referéndum, es un primer paso en este sentido. Saquen o no saquen sus cartelitos del hemiciclo, no deben perder este ímpetu democrático que los llevó a los ciudadanos comunes y corrientes para oponerse al abuso.

Por esto decíamos que se trata de una buena crisis, de una crisis que promete porque puede ayudarnos a redefinir el conjunto del panorama político. Una crisis que nos puede enseñar que la política no son sólo personajes, por más personalista que sea nuestra tradición, y que al cuestionar las ambiciones de un individuo en realidad se cuestiona todo un tinglado autoritario, que le impide al Perú ingresar a la modernidad democrática del próximo milenio.

—Nicolás Lynch